

CUANDO comenté con Felipe González que le iba a hacer una entrevista a Guerra, ajena a la política y centrada en libros y lecturas, me dijo:

-Tendrás que titularla «El verdadero rostro de Alfonso Guerra».

Ciertamente, el diputado por Sevilla Alfonso Guerra González (nacido en Sevilla el 30 de mayo de 1940 y no el 31 como dicen las biografías) me diría luego: «la mayor intensidad de mi vida yo la he tenido en los libros.» Y me hablaría también de su orgullo y su modestia, tan machadianos; de su afán de aprender siempre («soy aprendiz de todo y maestro de nada y eso es el elixir de la juventud. Eso me mantiene con juventud, porque tengo unas ganas de enterarme de las cosas tremendas»). Le gustan los libros y la música, la termodinámica y arreglar un coche. Sabe limpiar un magnetófono («pero no el polvo así, sino las cabezas y eso»). Y, efectivamente, según pude comprobar, maneja los cacharros éstos de una forma temeraria, como si fuera un auténtico japonés, sin miedo a electrocutarse de un calambrazo.

Conversamos en su despacho del Congreso de los Diputados, cuando remite el debate de la colza. Este de la colza ha sido, es, un episodio nacional de la España Negra; de un viejo país ineficiente donde revientan presas y saltos de agua, como en Ribadelago; donde se vende alcohol metílico para consumo; y donde, sin embargo, porque a lo peor organizamos o desorganizamos un «Mundial» (que a estas horas no ha empezado aún) nos creemos el ombligo del mundo... ¡Pero, bueno, ustedes han reparado en lo feo que es el famoso «Naranja»! Tiene un cierto parecido a don Inigo Cavero, pero no lo propalo porque a mí el señor Cavero no me cae tan mal...

Pero, en fin, estábamos con la conversación. Dice mi director espiritual (que es el padre Baltasar Gracián de la Compañía de Jesús) «que es la noble conversación hija del discurso, madre del saber, desahogo del alma, comercio de los corazones, vínculo de la amistad, pasto del contento y ocupación de personas». Y creo que es verdad.

(Lo dice en «El crítico», crisis primera, primera parte «En la primavera de la niñez y en el estío de la juventud»).

-¿A qué edad aprendes a leer?

-Temprano. En casa. Mi padre me enseña a leer a los cuatro años, yo voy

a la escuela a los cinco años, pero estoy un día en la primera clase y comprueban que sé leer y me pasan a la tercera.

-¿Y los primeros libros que recuerdas de tu vida?

-El primer libro que recuerdo es, sin duda, el que me orientó hacia la lectura. Con nueve años, en el colegio, nosotros íbamos a una biblioteca porque en el colegio había una hora de biblioteca todos los días, es un

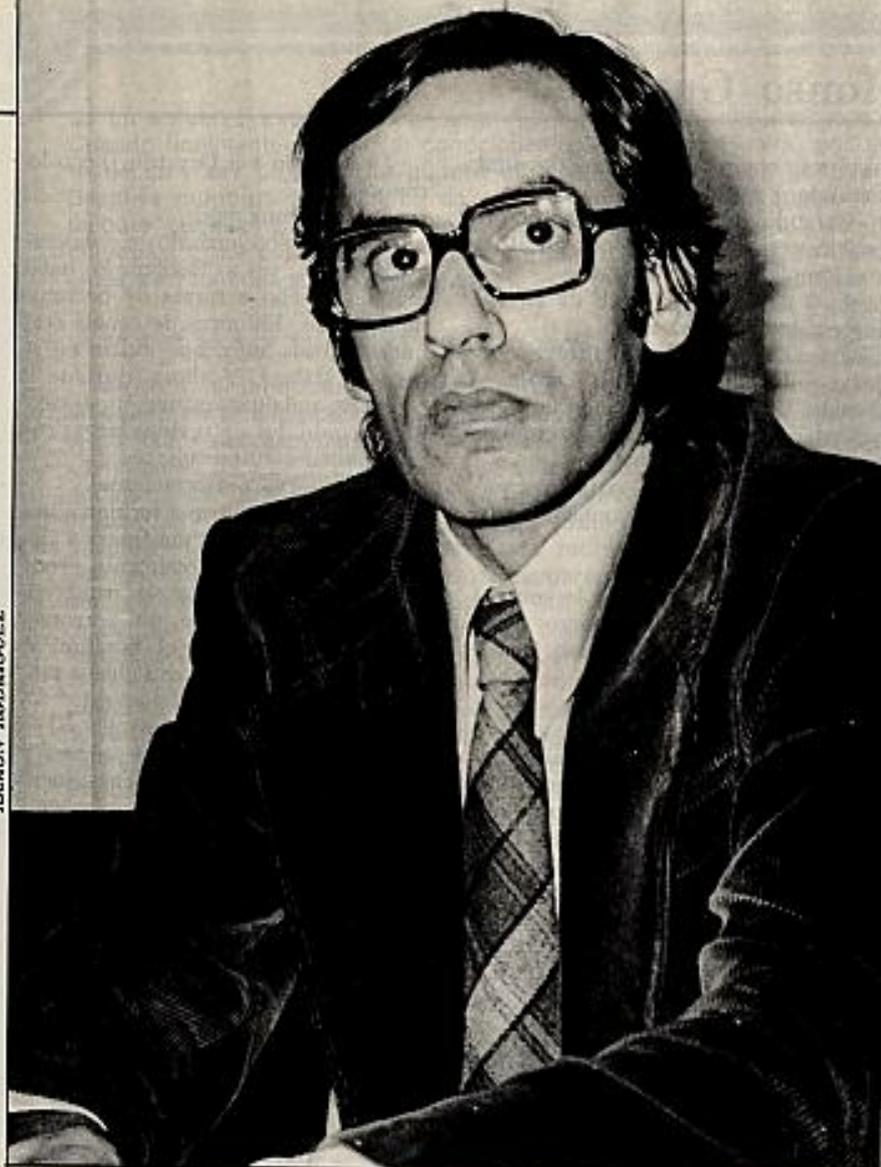
colegio del que tengo unos magníficos recuerdos: el colegio Miguel de Mañara, un colegio laico. Ahí nos daban unos libritos pequeños de un armario grande, unos libritos de tipo ejemplificador, de santos, de no sé qué... de personajes como don Miguel de Mañara, que era el personaje al que se dedicaba el palacio, era su casa, el colegio estaba en el palacio de don Miguel de Mañara... Y entonces había unos tomos grandes, que no

LA OTRA VIDA (BEATA) DE UN DIPUTADO

VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO

Con el poeta y editor José Batlló (Sevilla, hacia 1960). Representación de «Final de partida», de Samuel Beckett.





Alfonso Guerra González, diputado por Sevilla: hay algo más que política en su vida.

sabíamos lo que eran, y estábamos muy ilusionados con saber quién sería capaz de leerse un libro tan gordo. Y entonces hicimos una apuesta a ver quién era el que se leía uno de aquellos libros. Yo cogí uno. Me apasionó. Eran tres tomos, eran las obras teatrales de Lope de Vega, lo recuerdo con toda claridad. Y el segundo libro era «El criterio» de Jaime Balmes.

—¿La afición al teatro te viene de esa lectura de Lope de Vega?

—Seguramente, sin duda, tuvo una enorme influencia eso. Y luego, con catorce años, yo me leí el teatro contemporáneo —bastante teatro contemporáneo— en una biblioteca a la que teníamos acceso entonces que era la biblioteca de la Casa Americana. Leí el teatro americano contemporáneo y teatro europeo.

—¡Vaya! Esa era una de las preguntas que tenía yo previstas para más adelante. Esta de la Casa Americana. El otro día recordábamos Felipe y yo los tiempos en que íbamos a la Casa Americana.

—También salió a relucir.

—Claro. Es que en la Sevilla de entonces era casi obligado ir allí. Allí leíamos a Steinbeck...

—«Las iras de la ira», «Dulce jueves»... Todo eso me lo leí yo allí. Encima del teatro Alvarez Quintero.

—Frente a la Universidad antigua... Diriges teatro, por primera vez, con diecinueve años

—Sí.

—Diriges «La mordaza».

—«La mordaza» no la dirijo yo. Yo dirijo «Euridice», de Jean Anouilh. Esa creo que es la primera que dirijo. Había hecho, como intérprete, otras cosas... Bueno, antes de «Euridice», creo que dirigi también algunas piezas cortas, por ejemplo «El parque se cierra a las ocho» de Martín Iniesta; alguna cosa de Ionesco, piezas cortas; pero creo que el primer montaje importante dirigido por mí (importante en el sentido de que tenía dimensión, no digo que es que fuera una cosa extraordinaria) fue el de Jean Anouilh, que me valió [bueno! una consideración de filocomunista y una cosa tremenda... ¡A Jean Anouilh! Autor burgués, francés, una cosa terrible... Claro que también llevaba barba y eso estaba muy mal visto.

—La barba la llevabas tú... Era una barba así como pluvial, muy grande. Yo he visto una foto tuya, interpretando con José Batlló «Final de partida». ¿Cuándo conoces a Batlló?

—Yo a Batlló lo conozco, en el tema del teatro y en el tema de la poesía. Conecto con Batlló a través de un amigo común que se llama Pepe Ba-

La pequeña mesa del salón

A. K. Cavafis



En el fondo de la habitación yacía inmóvil una pequeña mesa torneada. Sobre ella habían descansado las manos de tantas generaciones que no sentía ya alegría ni penas por la compañía, por la soledad.

Junto a ella se detuvo aquella mañana una joven delgada, bella, con el rostro iluminado por la tristeza. La mesa se estremeció al sentir el contacto cálido pero lánguido del brazo de la adolescente.

Cuando la joven se marchó, aquel pequeño mueble supo del valor de la memoria. Había recobrado con todo su esplendor, la pasión producida por tantas caricias ya olvidadas. Y por un instante, deseó recuperar la juventud y el amor.

ALFONSO GUERRA

Conversación con Alfonso Guerra

rrera, que era y es un empleado de una agencia médica —una agencia de éstas aseguradoras médicas— devorador de libros, empleado, un hombre con una vida burocrática y tal, pero absolutamente devorador de libros... Y, entonces, entre los tres planeamos editar una revista de poesía que se llamaba...

—Se llamaba «La trinchera».

—La trinchera, que dio lugar después a «El Bardo». Y también a hacer un grupo de teatro. Creamos un grupo de teatro que se llamaba «Hora primera». Que también indignó mucho a los poderes públicos consolidados ese nombre de «Hora primera»: ¿por qué nos llamábamos así, si teníamos que llamarnos «Agrupación sevillana» o algo por el estilo?

—Por este tiempo tú estudias perito industrial.

—Sí.

—¿Y cuándo haces Filosofía?

—Pues por los años sesenta, también.

—En Sevilla, ¿Coges la época de la contraposición entre García Calvo y Arellano?

—Bueno. García Calvo ya había pegado el salto, pero Arellano permanecía [y permanece, eh!]

—¿Todavía vive este señor?

—¿Arellano? ¡Si es el «capo» de la Facultad de Psicología!

—Pues para mí era ya una figura

histórica, como Pelsmaeker o como Carande o así.

—Carande está magnífico. ¡Está increíble, con noventa y cinco años!

—Cumplidos el 4 de mayo.

—El 4 de mayo. Y el 18 de enero, Jorge Guillén los noventa.

—En «La pluma» leí una entrevista de Jorge Guillén con Alfonso Canales y contaba Guillén que Carande le fue a ver, y después de estar hablando un buen rato, le dijo «Bueno, me voy que...»

—¡Que no quiero fatigarle! Eso me lo ha contado Guillén también a mí.

—¿Tú conoces a Guillén?

—Sí, sí.

—¿A qué otros poetas de la generación del 27 conoces? Quiero decir personalmente, no sólo como lector. A Rafael Alberti le conoces.

—Sí.

—¿A Bergamín?

—No he tenido con él casi contacto. Justamente he leído en estos días «Esperando la mano de nieve», su último libro, que es muy bello, con unas influencias descaradamente expuestas de Bécquer y Machado, pero descaradamente expuestas. Hay un poema que empieza diciendo: «Los caminos de la tarde...». Es una cosa intencionada. No hay ninguna irresponsabilidad en la influencia. Y es un libro muy bello, que yo desconocía ese modelo poético de Bergamín y me ha gustado mucho.

—¿A Dámaso y a Gerardo Diego los conoces?

—Sí. Pero muy poco.

—Y a Guillén, ¿cuándo le conoces?

—Hombre, yo a Guillén lo había seguido mucho a través de personas interpuestas. Entonces, le conocí creo que hace dos años, que estuve en su casa de Málaga. Y ahora, durante la campaña andaluza, estuve en su casa. Y he tenido dos entrevistas largas con él, realmente sustanciosas.

—Se conserva perfectamente.

—Se conserva con una lucidez y una capacidad de ironía, una fineza y una sutileza en la ironía realmente prodigiosa... Para qué veas la ironía de Guillén: hablando de un personaje que no quiero citar el nombre, es muy conocido, y del cual hablaba muy bien, le tenía un gran cariño... Y decía «El es un auténtico liberal [y terrateniente], que siempre mejora la condición de liberal... ¡Tiene mucha gracia, eh! Porque un terrateniente puede ir por el liberalismo, ¡pero bien!

Geometría y poesía

—Volvamos a tu época de estudiante. Vosotros sois un montón de hermanos ¿no?



Jaime Gil de Biedma, cuando escribió «De vita beata».

DE VIDA BEATA

En un viejo país ineficiente,
algo así como España entre dos
guerras
civiles, en un pueblo junto al mar,
poseer una casa y poca hacienda
y memoria ninguna. No leer,
no sufrir, no escribir, no pagar
cuentas,
y vivir como un noble arruinado
entre las ruinas de mi inteligencia.

Los dos poemas de Jaime Gil de Biedma

En una cartulina copié estos dos poemas de Jaime Gil de Biedma, cuando preparaba la entrevista con Alfonso Guerra. Supuse que el poeta y los poemas serían, lógicamente (por lógica más o menos matemática) de su predilección. Poco antes de la entrevista, repasaba mis notas en el pasillo del Congreso de los Diputados que separa el Salón de los Pasos Perdidos del bar. Sentado bajo el retrato que Nin hiciera de don Pascual Madoz —presidente del Congreso en 1854— donde llega muy bien el fresco viento del aire acondicionado, releía, una vez más, los versos y llegó Antonio de Senillosa, que es como un lujo del Parlamento.

Me dijo: —¡Hombre, te sorprendí con tus versos!

—Mira te leo, para que veas lo buenos que son:

«Que la vida iba en serio/
uno lo empieza a comprender más tarde»...

—¡Jaime Gil de Biedma!, me corta rápido.

Y es que hay algunos parlamentarios que leen mucho. Entre ellos Senillosa.

Los dos poemas de Gil de Biedma, a que se hace referencia en esta conversación (me refiero a la mía con Guerra) pertenecen al libro «Poemas póstumos» que es de 1968 y son los siguientes:

NO VOLVERÁ SER JOVEN

Que la vida iba en serio
uno lo empieza a comprender más tarde

—como todos los jóvenes, yo vine
a llevarme la vida por delante.

Dejar huella quería
y marcharme entre aplausos

—envejecer, morir, eran tan sólo
las dimensiones del teatro.

Pero ha pasado el tiempo
y la verdad desagradable asoma:

envejecer, morir
es el único argumento de la obra.



En su no insólito papel de acusador mayor del Reino.

-Muchos. Eramos trece hermanos. Yo soy el único que ha estudiado. En mi casa no se podía estudiar porque no había medios económicos. Entonces mi padre...

-Tu padre trabajaba en la Maestranza.

-Era maestro de taller en la Maestranza, operario. Y mi padre concibió la idea de que yo debía estudiar, porque en el colegio primero me había ido muy bien, me habían dado el primer premio de toda Sevilla cuando yo tenía nueve años. Y entonces había que hacer sacrificios, porque además teníamos una hermana que estaba enferma y que se murió (murió con veinte años), y era la época en que aparece la estreptomicina y había que traer el tarrío de Londres a quinientas pesetas y había que ponerle uno diario... Era realmente un sacrificio muy grande... Bueno, entonces a él se le metió un poco entre ceja y ceja que debía estudiar y tal. Y la idea es que yo estudiara ingeniero. Pero, claro, saltar a Madrid a estudiar era absolutamente imposible para mi familia. Y, bueno, «entonces que estudie perito y tal...» Y yo ya, cuando estaba en peritos, lo que me tiraba a mí realmente era la vida cultural, literaria, aunque me gustaba la ter-

modinámica y una serie de cosas técnicas, y me gusta mucho la lógica matemática... Y entonces lo hice (lo hice con cierta facilidad) y ya, pues a caballo, me metí también en lo otro, porque yo estaba muy metido sobre todo en el tema literario, poético y teatral. Y era una cosa natural que yo hubiese hecho aquello. Yo no tengo ninguna titulomanía, ni me interesa nada eso. Lo que valoro son los conocimientos y no los títulos. Yo conozco a gente sin ningún título y con una cultura arrolladora, y conozco a gente con muchos títulos que son auténticos analfabetos.

-Tú has dado clase en la Escuela de Peritos de Sevilla.

-No. Yo he dado clases en la Escuela de Arquitectos Técnicos y en la Universidad Laboral. Cinco años en la Universidad Laboral y once años en la de Arquitectos técnicos.

-¿De qué dabas clase?

-He dado clase de dibujo, de geometría descriptiva, de proyectos fin de carrera... Y por las tardes iba a dar cursos de cine, cursos de fotografía, en fin, enseñaba un poco de todo a los niños.

-En ti el cine, más que afición, es casi manía.

-Sí. Es una manía y un cierto fanatismo.

-¿Es cierto que has visto veintitrés veces «Muerte en Venecia»?

-No, no. Ya no es cierto porque va por el veinticinco.

-¿Veinticinco veces!

-La he visto últimamente por televisión y, como además la grabé, la he visto otra vez.

-¿Y cómo es posible ver veinticinco veces una película?

-Yo soy un poco fanático de eso... He leído algunas veces que los aficionados de un sólo autor, de un solo poeta, de un solo torero, que todo eso bueno, en fin, a mí no me importa... La verdad es que, hablando de libros, yo tengo que hacer un preámbulo...

-No te prives de ello. Hazlo.

-Y es que la mayor intensidad de mi vida, yo la he tenido en los libros. Mucho más que en la vida normal. Puede ser un defecto para muchos. Para mí no lo es. Yo vivo dentro de los personajes; cohabito con facilidad con don Fermín de Pas, de «La regenta», con Ana Ozores, o con los personajes de las cosas que a mí me han llegado... Entonces ¿estaba diciendo yo esto por qué?

-Por el preámbulo.

-Ah, sí. Bueno, que yo he vivido mucho... que yo soy muy fanático de lo que me gusta mucho. Por ejemplo: me gusta mucho Mahler, o me gusta mucho la «concertante» de Mozart y la oigo una vez y otra vez y otra vez y no importa. Entonces lo de «Muerte en Venecia» es que es un conjunto de cosas extraordinarias para mí. A mí me gusta en el arte la decadencia. Me gusta mucho la decadencia estética, mucho. Y ahí, en «Muerte en Venecia», es la decadencia de Gustav Aschenbach, el compositor, el final de la vida de un hombre, la decadencia, es la decadencia estética misma que Visconti tiene en toda su producción, el hotel, el Lido, reflejado en su más pura decadencia; se combina además, el texto de Mann, extraordinario texto literario, la creación musical de Mahler, como la conjunción de Mahler con Visconti es absolutamente apasionante... Es una obra que a mí me parece una obra de arte, que me da placer y aunque la vea tres veces seguidas me sigue produciendo placer. La he visto muchas veces (hay otro tipo de cine que también he visto mucho). Soy muy fanático de lo que me gusta. Repito, mucho.

-¿Sabes que, realmente, Thomas Mann pensó en Mahler para el personaje? Hay una carta (lo estuve viendo ayer en un libro de Alma Mahler)...

Conversación con Alfonso Guerra

-¡Sí, un libro de Taurus, un libro muy bonito!

-Sí. Entonces hay una carta de Thomas Mann, del año 1921 o por ahí, en que dice que pensó realmente en Mahler.

-Visconti lo toma por eso. No es una casualidad. Nada es casualidad. Es un mundo cerrado. Muy rico, pero muy cerrado.

La música

-Y hay otra de Thomas Mann a Mahler, que es de septiembre de 1910, y llega a decir, referido a Mahler, «El hombre que, según creo, expresa el arte de nuestro tiempo en la forma más profunda y sagrada». Le escribe después de escuchar la Octava Sinfonía, me parece. Poco antes de morir Mahler, que muere en 1911... Bien. Hablando de tus gustos musicales, que una vez hablaste de ello. A ver si son éstos: Marcello, no sé cuál de los dos hermanos, si Alejandro o Benedetto...

-Benedetto Marcello.

-Sinfonía Concertante de Mozart...

-Sí.

-El segundo movimiento de la Séptima de Beethoven...

-Efectivamente.

-El post-romanticismo en general...

-Todo el post-romanticismo.

-La música barroca interpretada por...

-¡Conoces mis gustos mejor que yo!

-La música barroca interpretada por Rostropovitch, ya que no puede ser por Casals...

-Efectivamente.

-Y ya con Mahler, sustituirle, ser él... No sé si falta algo.

-Hombre, siempre se puede ampliar. Pero, más o menos, está dicho todo. Porque, claro, me apasiona Telemann; ya hemos hablado de Marcello; si digo otras cosas de Mozart, claro, con la «concertante» ya lo tenemos reflejado; del propio Beethoven; no es que yo me quede con esos autores sólo ¿verdad?

-Ya, ya...

-A mí me interesa mucho... Haydn, por ejemplo, o Brahms... ¡ah! lo que me apasiona realmente de Mahler es que con Mahler se acaba la sinfonía. Mahler compone su última sinfonía y ha dicho «Aquí ya no hay más sinfonías. Usted le seguirá llamando lo que quiera a lo que haga después, pero yo he terminado con las sinfonías». Entonces, ese post-romanticismo de unir el sentimiento con el raciocinio, al final del romanticismo, donde las pasiones se aminoran sin perder el contacto con el sentimiento, pero amino-

rando la expresión... Por ejemplo: me gusta mucho, ¡muchísimo!, Machado ¿por qué?: porque Machado es un modernista que no lo es; es un modernista que tira de las riendas de las formas modernistas y que se acerca a un intimismo aunque tenga los mismos simbolismos y se aproxime en las formas al modernismo. A mí me gusta siempre un estilo que sea muy claramente identificado, pero rebajado. O sea: la decadencia. La decadencia en el arte.

-¿Tú crees que, hasta cierto punto, Mahler en la música es como Joyce en la novela?

-Bueno, es una comparación que no había hecho nunca, pero que puede servir. Lo que pasa es que Joyce es muchísimo más cirujano (en Mahler queda más apego a las vías románticas sentimentales). Destroza más, en el sentido positivo, rompe más el modelo, ¿no?

-Ya. Alma Haler o alguien habla de cuando Mahler fue a ver a Freud...

-Sí, sí. La explicación que da de las peleas del padre con la madre y de por qué me mete música de organillo... Recientemente ha leído alguna interpretación de esto en

no sé qué libro muy reciente. ¡Ah, sí! Es una cosa que estoy leyendo, una cosa que han editado los franceses, una Historia de la música contemporánea, bastante bien hecha. Y ahí he encontrado nuevamente la interpretación freudiana de los problemas con el padre, que sí... ¡bueno! todo tiene influencia, pero hay un cierto reduccionismo, me parece. Donde él cuenta una historia de una bronca que él tuvo muy fuerte y salió y había...

-... Un organillo.

-Puede ser. Yo lo encuentro un poco esquemático.

-Bueno, también dan la explicación de los tambores del entierro del bombero en Nueva York, que luego metió Mahler en la décima sinfonía...

-Sí, sí.

-Lo que sí es verdad es la frase final de Mahler, antes de morir, cuando dijo «¡Mozart, Mozart!».

-Sí, sí. Lo cual es...

-Muy de Mahler.

-Muy de Mahler y además a mí me gratifica porque yo, si tuviera que reducir todo, digamos, lo que más me gusta: Mozart; lo que más me llega: Mahler.

-¿Recuerdas el poema de Cernuda, los primeros versos?

-Sí. Que eran...

-Si alguno alguna vez te preguntase: «La música, ¿qué es?» «Mozart», dirías, / «es la música misma»... Es de...

-De «Desolación de la quimera».

-Sí. Coincides con Cernuda.

-Bueno, es que las cosas ya están inventadas. Lo único que hay es una



Alfonso Guerra y su hermano Juan en 1944. La foto está hecha en Sevilla.

cierta receptividad y las coincidencias tienen que ser inmediatas.

Machado, sobre todos

-Claro. Bueno; tenemos en música a Mozart y a Mahler. ¿Y en poesía?

-Sobre todos, Antonio Machado. Por su calidad estética, por su -y no me importa decirlo- capacidad técnica, que ha sido lo que siempre se le ha achacado, la vulnerabilidad técnica de la poesía de Machado. No estoy de acuerdo. Afortunadamente ahora hay gente que lo vituperaron mucho en este terreno y que están volviendo sobre posiciones encontradas, yo creo que ahora acertadas. Machado está por su calidad humana, por su extraordinaria capacidad para hacer de lo pequeño una cosa tan enorme, con una modestia... ¡la verdad! con una mezcla de orgullo y modestia, él in-



Años antes de ser un político famoso y un libre, consciente.

cluso habla de eso, en el «Juan de Mairena» habla un poco de que el creador, el artista, siempre está a caballo entre el orgullo y la modestia, lo cual yo creo que es una definición perfecta no sólo de la obra del artista, de la obra de Machado, sino de la personalidad de Machado y —modestamente, sin hacer ningún tipo de comparaciones— de mi propia personalidad. A caballo, mezclando siempre el orgullo y la modestia; sobre todo en las cosas que escribe.

—Así es.

—No se queda ahí. Pero me gustan siempre mucho los poetas que han tenido influencia de Machado.

—Tú lo que no tienes es vanidad...

—Ninguna.



Antonio Machado, por Moreno Villa.
Julio-agosto 1982

—Pero soberbia... o bueno, orgullo...

—¡Orgullo! Un orgullo fuerte. Yo creo que soberbia creo que no. Orgullo fuerte. A veces lamentar haber tenido un orgullo fuerte me ha ocurrido con frecuencia, cosa que describe muy bien Bécquer, y que por cierto me he encontrado en un poema, bellissimo, de Bergamín de «Esperando la mano de nieve», que habla en una cosa muy becqueriana de la separación por orgullo...

—Bueno, pues ya hay que hablar de Cernuda. Es como una consecuencia natural.

—Evidentemente. A mí Cernuda me apasiona porque es un hombre de una inteligencia fuera de serie. Yo el poema de «Desolación de la quimera» que dedica «A sus paisanos», en el que anuncia cómo le van a denostar, y cuando muera habrá otro tratamiento, me parece de una lucidez tan aguda, de esa impotencia en vida y de ver todas esas cosas que van a suceder, encontrarse con esta adversidad, con esta incomprensión de la gente, ¡qué dura todavía, eh!... En ciertos medios, Cernuda hoy ocupa el lugar que merece; pero Cernuda es un gran desconocido todavía... Hay otros poetas que me interesan. En España me interesa muchísimo Gil de Biedma...

—¡Mira lo que traigo aquí, porque me lo imaginaba!

—¡Hombre: «No volveré a ser joven»! ¿Has puesto «De vida beata» también?

—¡Ahí está, son los versos de abajo!

—Es un viejo país ineficiente... ¡Es una cosa! Hasta «entre las ruinas de mi inteligencia»...

—A mí este de «No volveré a ser joven» es el poema que más me llega de todos los poemas de todos los poetas castellanos vivos actualmente.

—¡Yo digo «sí» si lo combinas con éste: «De vida beata»! ¡No estamos nada descaminados! ¿Verdad?

—Son los poemas que más me gustan no sólo de Gil de Biedma, sino de la poesía de poetas vivos.

—A mí de la poesía viva, el poeta que más me interesa se llama Gil de Biedma. Entonces estamos totalmente de acuerdo ¡pero es una coincidencia demasiado alambicada! ¡Nadie puede creerse que esto se deba a un parecer independiente, tuyo y mío! ¡No se puede creer! Porque Gil de Biedma es el que más de los vivos y estos dos poemas... ¿no?

—Quizá no sea tan extraño. A mí lo que me ocurre es que este poema de «No volveré a ser joven» lo leí no ahora



Gustav Mahler, con él acaba la sinfonía.

sino hace catorce años, cuando salió. Y, bueno, me pareció un buen poema, pero lo pasé... Pero, justamente, cuando lo he vuelto a leer con más o menos la edad que tenía Gil de Biedma cuando lo escribió, es cuando me he dado cuenta de lo extraordinario poema que es.

—El peso psicológico del tiempo, de la vida como... yo diría como anulación del presente, como combinación del recuerdo de lo que se ha vivido o de la ilusión de lo que se quiere vivir y no se sabe si se va a vivir y se sospecha que no se va a vivir; el presente no existe, hay que borrar el presente porque es lo que nos da la medida de dónde estamos en el tiempo... Es prodigioso. Y el retiro éste de «entre las ruinas de la inteligencia»: esto es la decadencia como no se ha definido ¡nunca! Esta es la

Conversación con Alfonso Guerra

decadencia estética que a mí me gusta. ¡Es una cosa maravillosa!

-Sí.
-Me sorprende y me emociona, vamos, que lleguemos a esta coincidencia. Parece una cosa alambicada. No se puede pedir más.

-Yo creo que no es tan alambicada. A ti que te gusta la lógica matemática, si se aplica está muy claro que teníamos que coincidir... Vamos a hablar de Matemáticas.

-Bueno, antes te digo una cosa que tenía que decirte. De poetas extranjeros uno de los que más me apasiona es Cavafis. Todo tiene un poco que ver, yo creo, con la estética de Machado...

Experiencia de librero

-Por cierto: tú has sido librero y tenías la librería «Antonio Machado» en Sevilla.

-Sí.
-¿Cómo surgió esta librería?
-La verdad es que el primer impulso es que yo el poco dinero que tenía me lo gastaba en libros. Y llegó un momento en que yo me dije «bueno, creo que es más rentable montar una librería». Y entre dos, pues montamos la librería. Después, con el tiempo, me quedé yo solo en ella; y ahora, recientemente, acabo de traspasarla porque me es imposible atenderla y es un desastre desde el punto de vista económico.

-Recuerdo que hace años, en Sevilla, la librería liberal que había era la de Lorenzo Blanco, en la plaza del Pan.

-La de Blanco, una librería con rebotica donde hacían tertulia Carande, Giménez Fernández...

-¿Editor, no has sido nunca?
-Bueno, nosotros editamos en Sevilla lo de «La trinchera», que era una cosa modesta y que por cierto nos prohibieron en seguida los números porque hicimos un homenaje a Vicente Aleixandre, que eso era entonces de una heterodoxia tremenda, de un rojerío insostenible...

-También te he oído hablar de que te gustaría editar un «Platero» ilustrado por Juan Romero.

-No sé cómo, pero creo que se debe editar. Yo soy también muy amante de la pintura de Romerito...

-Y de la prosa de Juan Ramón, supongo.

-También, evidentemente. De la prosa de Juan Ramón o de la prosa de un Salinas... De muchos poetas prosistas. A mí los poetas que escriben en prosa me gustan muchísimo...

-O sea: «Vispera de gozo», por ejemplo.

-Por ejemplo, o «Entrando en Sevilla» o «Schubert, inacabada», o todo...

-Se ha dicho que quizá los dos mejores libros de prosa que se han escrito en el siglo veinte son de dos poetas, que son «Juan de Mairena» y «Españoles de tres mundos».

-Eso es lo que ha dicho Gullón. Estuve con él, hace poco, y estuve hablando de eso precisamente. Y desde luego yo coincido con él. Es muy atrevido decir eso, es muy atrevido, porque son libros duros.

-La prosa del «Juan de Mairena» es seguramente la prosa más eficaz... No sobra nada, ni falta nada.

-Es la operación de sincretismo más perfecta que hay... A mí, en la modestia de lo que escribo, lo que me gusta concretamente es una literatura muy sincrética.

-¿Tú qué escribes?
-Lo que puedo.

-¿Has publicado algo?
-Publiqué hace años algunas cosillas. Y como ahora estoy en el mundo de la política, me aterra que me miren con la lupa de político, de diputado, para decir «Hombre, no está mal el poema que escribe el diputado». Eso es una cosa que me

aterra. Entonces, mezclado eso con una cierta timidez, modestia, aunque también con orgullo, pues me hace estar totalmente alejado de la posibilidad de publicar.

-Pero de escribir, no.
-No. Anoche estuve escribiendo y el otro día escribí. He escrito algunos poemas, un poco intimistas. Uno sobre el parque de María Luisa, por ejemplo, que estuve ayer dando un paseo. Yo voy mucho al parque de María Luisa, pero cada vez que voy me deslumbra. Luego, otro a una mesa...

-¿En Sevilla se lee poco, verdad?
-Muy poco. La burguesía sevillana no lee. Generalmente, en Cataluña y en Madrid la que lee es una cierta burguesía; pero en Sevilla eso no existe, allí no leen más que los estudiantes o algunos obreros y empleados que tienen esa pasión. La burguesía no lee y la ignorancia es realmente supina. La librería se llamó «Antonio Machado», que fue también considerado una cosa tremenda...

-Hubo atentados y todo eso.
-Muchos, muchos... Anécdotas de la incultura, las que quiera. Por ejemplo: mucha gente me ha dicho en la librería «Hombre, éste es el letrista de Joan Manuel Serrat».

-Ja, ja, ja...
-Y yo «No, yo no soy el letrista de Serrat». «Bueno, pues este Antonio Machado es el que escribía las letras».

-¡Ah, ¿pero se creían que tú eras Antonio Machado?
-Sí, claro. Y yo he recibido cartas diciéndome «Señor don Antonio, la cuenta bancaria de don Antonio Machado para girar no sé qué historia y tal». ¡Y a mí me ponían los vellos de punta; la cuenta bancaria de don Antonio Machado!... Por ejemplo: lotes de libros a nombre de don Antonio; o algún envío de algún embajador...

-¿Ah, ¿pero se creían que tú eras Antonio Machado?

-Sí, claro. Y yo he recibido cartas diciéndome «Señor don Antonio, la cuenta bancaria de don Antonio Machado para girar no sé qué historia y tal». ¡Y a mí me ponían los vellos de punta; la cuenta bancaria de don Antonio Machado!... Por ejemplo: lotes de libros a nombre de don Antonio; o algún envío de algún embajador...

Secretario en el Congreso con el socialista catalán Martín Tovar.



RAMÓN RODRIGUEZ



Con don José Prats, senador socialista e historia viva del socialismo.

-Eso ya es más grave.

-Sí.

-No sería un embajador español.

-No. Era extranjero.

-Menos mal.

-Anécdotas todas las que quieras. Muy mal. El tema muy mal.

-¿Te gustaba la librería?

-La labor del librero, de ese librero pequeño, es realmente apasionante. Yo, las horas y horas que he dedicado en la librería a hablar con la gente de libros, a aconsejar libros, es algo apasionante... Siempre la mayor gratificación la tenía con los extranjeros. Sobre todo los ingleses se quedaban muy asombrados de la calidad de la librería. No entendían cómo aquello podía marchar. Decían «Esto no puede marchar», «Pues, no; mucho no marcha». Y es que a mí no me interesaba vender lo que no quería vender. Siempre la gran polémica: «¿Pero, hombre, cómo se puede esconder la novedad que llega, que es la que está...?». «No me interesa. Yo no he puesto una tienda de lavadoras. He puesto una tienda de libros. Y quiero a los libros».

-Tenías los libros que querías. Otros, no.

-Otros, no. Por pura condición literaria. Una cosa que no me interesaba no la vendía. Comprendo que es una selección que hace el librero y que es una selección unipersonal. Pero la selección era muy buena, incluso en libros en francés y en inglés, que siempre los extranjeros decían «Es una librería insólita»... Apasionante, la la-

bor. Lamentablemente el meterme en este lío del Parlamento no me ha permitido atender a eso.

El retiro.

-Aunque no quería hablar de política, pero... ¿tú esto lo consideras como una etapa transitoria?

-Transitoria.

-Pero una transitoriedad que puede durar veinte años.

-No. Lo he intentado varias veces, con fracaso, el abandono; pero tengo una cierta fecha fija.

-¿Se puede saber?

-Sí. Más de ocho años no aguanto.

-¿Y luego qué harías?

-Probablemente, retirarme. En el sentido literal. Dedicarme a alguna cosa...

-«De vida beata», la tuya.

-«De vida beata», que para sobrevivir puedo echar mano de hacer traducciones. Me gusta mucho traducir francés, escribo algunas cosas poéticas en francés. Y entonces podía dedicarme a eso para sobrevivir. Yo necesito muy poco para sobrevivir. No me gusta comer, no me gusta beber, no me gusta fumar... Yo con muy poco, tiro.

-Y no duermes, tampoco.

-Tampoco necesito dormir.

-¿Cuántas horas duermes al día?

-Depende mucho. Si necesito no dormir, no duermo.

-Anoche.

-Terminé de leer a las cuatro y me he levantado a las siete. Tres horas. O sea, muy bien.

-¿Cuántas horas sacas de lectura, más o menos?

-Muchas. Depende del día. Pero no es extraño que en un día saque diez horas.

-¿Y eso que se decía en tiempos de que te gustaría ser maestro rural?

-Me hubiera gustado. Yo creo que eso ya es una cosa que me parece que tengo mucha edad, porque la paciencia con los niños... ¡A mí me gustan mucho los niños!

-¿Tienes hijos?

-Tengo un niño del que estoy absolutamente enamorado y creo que hay reciprocidad.

-Año y pico o cosa así tiene...

-Dos años y medio. ¡Es extraordinario! Le gusta el barroco, la música, pone los discos solo...

-Muy precoz, ¿eh!

-Muy precoz. Tremendamente precoz. Y además habla de una manera que deja atónita a la gente y mira que desconcierta a todo adulto.

-¿Cómo se llama? ¿Alfonso, también?

-Alfonso. No me gusta que se llame Alfonso, pero se empeñaron.

Política editorial

-Volviendo al caso de los libros. Y a la política, qué le vamos a hacer. ¿Políticamente qué se puede hacer por los libros?

-Creo que mucho, porque el mundo editorial y librero en España es un poco selvático. Se toca la flauta por casualidad. Hay una operación dura, difícil, para el librero-librero... En esto no soy un utópico. Creo que el libro se debe hacer con calidad, etcétera, pero luego hay que distribuirlo y hay que colocarlo, para que la gente lo compre. Yo eso lo entiendo. Pero luego no estoy de acuerdo con una política que hacen determinadas editoriales. Las editoriales dicen «¿cuántas librerías hay en España que no pueden evitar un libro cuando yo lo saque?» Y hacen el cálculo y dicen dos mil, dos mil quinientas, tres mil, seguro lo tienen que tener en la estantería por prestigio. O sea: hacen el cómputo de lo que va a valer el libro por los tres mil libros que tienen colocados de esa forma. Y, a partir de ahí, el incremento es todo negocio. Es decir, que sin vender un libro a un solo lector, un solo libro que se venda es ganancia que entra.

-¿Y eso qué significa para los librer...

Conversación con Alfonso Guerra

-Significa que los libreros están en la indigencia toda su vida y mueren en la riqueza. Mueren con una cantidad de libros tremenda, pero no pueden sobrevivir... Y esa política hay que cortarla. No se puede editar para los libreros. Los únicos que compran son los libreros. Y hay libros de los que no se ha vendido un solo ejemplar. Yo podría citar algunos ejemplos de libros de los que se editan tres mil ejemplares y de los que, desde el punto de vista objetivo, no hay más de una docena de personas interesadas en ellos. Libros de cálculo de normas, de esquemas de ordenadores, de no sé qué... Cosas tan especializadas. Es que todas las tesis doctorales se editan en España. ¡Lo cual es una cosa de locos! Yo he dicho muchas veces que para las tesis doctorales se monte un servicio electrónico en las Facultades. Que estén metidas en los ordenadores y que, apretando un botón, dispongan de ella todos los estudiosos que las necesiten ver. ¿Pero editar todas las tesis doctorales? ¡Esto no tiene sentido! Un señor hace, bueno, «La tarea de Alejandro Sawa en el desplazamiento a Madrid durante 1921 y 1922», que es muy bueno que se haga, que es un elemento de erudición importante para manejar, pero que no puede editar tres mil ejemplares de eso. Porque saben, perfectamente, que sobran tres mil ejemplares. Se está engañando a la gente. Y todo eso hay que cortarlo. No con intervencionismo desde los poderes públicos. Pero sí fomentar...

-¿Se ha hecho algo desde el Instituto Nacional del Libro?

-No se ha hecho. El INLE ha sido un elefante muerto. No ha servido para nada. Lo único que ha hecho el INLE es publicar eso, el I.S.B.N., donde uno busca todo lo que se edita en el año. Eso me parece muy útil; pero, claro, ¡limitar un Instituto Nacional del Libro Español a eso! Hay mucho que hacer.

-¿Y para promover la lectura?

-Como siempre, la base de todas estas cosas es la infraestructura. Lo que no se haga educacionalmente, no se puede improvisar. El lector español ha sido siempre un lector autóctono, que ha tocado esto y lo otro, y así se hace un lector, por coincidencias... Eso no puede dar una difusión cultural amplia. Tiene que venir de la escuela. Con una especial atención a las bibliotecas, a la formación literaria, no al memorismo de la literatura que se hace en los colegios, que eso es un desastre... Afortunadamente ya no es así. Se está avanzando. En el comentario de textos se está avanzando... Mi tesis es que a los alumnos hay que

darles un texto para comentar y estudiar, y si a los alumnos no les gusta hay que tirarlo. El aspecto lúdico de la literatura no se puede forzar. Si no logras apasionar a los alumnos, no logras nada. Yo a veces lo he hecho con grupos de gentes muy jóvenes, que no se han interesado por esto y por lo otro. Y hasta que yo no he visto incluso las lágrimas en los ojos, no he dicho «aquí ya hay lectores», aquí ya no son ocasionales que después aprueban y se acabó. Ya tienen en las venas, inoculado lo que es la literatura. El aspecto lúdico de la literatura. Eso es lo que hay que fomentar desde los colegios. Y con bibliotecas, infraestructuras bibliotecarias importantes en los barrios, en los propios colegios en los institutos...

Lecturas últimas

-Otra pregunta, relacionada con tu hacer político. ¿Qué ta es el nivel cultural de la clase política?

-Reflejo del nivel cultural de la sociedad.

-Eso es lo que yo digo siempre, porque también ahí el Parlamento es representativo... Bueno, Alfonso. Vamos a terminar con una pregunta tópica y estivalmente típica. ¿Qué libros has leído y qué libros vas a leer para las vacaciones?

-Pues ahora he leído las cosas que están un poco en boga. Ya te he citado antes «Esperando la mano de nieve», de Bergamín; «La historia interminable», de Ende; recientemente también, bueno no demasiado recientemente, el «Bomarzo» de Mújica Lainez...

-Felipe lo tenía el otro día en su casa, lo estaba leyendo...

-Se lo he regalado yo. Le ha encantado.

-Sí. Eso me dijo.

-Cuando a mí me gustan las cosas de literatura, compro varios libros y voy regalando... ¿Qué más cosas he estado leyendo?

-¿A Milan Kúndera?

-Sí, pero recientemente no. ¿Qué más? Ah, sí, una cosa de Gustavo Gili, que ha publicado sobre Viena, «Viena fin de siglo», una cosa filosófico-urbanística muy interesante.

-¿Y en vacaciones qué vas a leer? ¿Tú tienes vacaciones?

-Exactamente, no. Paso algunos días en la playa, por Tarifa, porque allí como tú sabes muy bien hay levante. Y a mí me gusta mucho, porque así no está uno obligado a ir a la playa. Así voy a leer, a oír música... que si hay sol, pues «Vamos a la playa

y tal», ¡y eso es un rollo! Y entonces como muchos días hace viento de levante, pues me gusta esa zona de Tarifa.

-Nadar también nada.

-Sí. Pero me gusta la playa sin sol.

-¿Qué deportes practicas?

-Por la mañana temprano una hora de tenis. Me divierte mucho. Y... ¿estaba diciéndote algo antes de libros?...

-Los que ibas a leer en vacaciones.

-Bueno, realmente no tengo hecha una lista. Los que me coja en el momento. Ahora, en la Feria del Libro, he comprado muchas cosas. Estuve el primer día y me llevé una serie de cosas... ¡Ah! he leído hace poco dos cosas importantes. Muy importantes. He leído la edición de prosa completa de Juan Gil Albert, que hace muchos años que yo leí; bueno, no hace tanto. Ahora las he releído en una edición de una institución, Alfonso el Magnánimo de la Diputación de Valencia; publicaron la poesía completa, que me ha vuelto loco... Es algo extraordinario. Tiene unos textos «la prosa» sobre Visconti... El tenía un texto que se llamaba «Contra el cine». Después se arrepintió y escribió un texto defendiendo a Visconti, porque había visto «El gatopardo», y después ha escrito... ¡«Viscontiniana»!

-«Viscontiniana». Porque ya había visto «Muerte en Venecia». Y es de una categoría, de una capacidad lírica... Y he leído también las poesías de Vicente Gans, publicadas también por «Alfonso el Magnánimo». Eso lo he leído la semana pasada.

-Ahora vas a comer con Vargas Llosa. Vamos a hablar de los latinoamericanos.

-Tengo que decir que yo hago una diferencia clara entre los viejos y los jóvenes. Hay jóvenes muy buenos, pero me quedó con los viejos.

-¡Con Juan Rulfo!

-Con Rulfo, con Lezama, con el Sábato de «Sobre héroes y tumbas», con Alejo, con Onetti y con Borges. Luego está la generación joven que sin duda, ha bebido de una manera importante en la generación vieja, y que tiene grandes figuras como la de Mario y la de García Márquez, con una capacidad tremenda de invención; Márquez es un Pío Baroja contemporáneo...

-¿A Baroja le has leído mucho?

-Mucho, mucho, mucho; muchísimo... Y me gustan también escritores que gustan menos, como Gabriel Miró y Azorín. Ese sincretismo de Azorín es como una operación matemática: quito esta preposición, y meto este artículo, y ahorro dos sílabas, y tal... ■ V. M. R.